

Leche negra

Tú emerges desde el otro lado de las escenas, yo emerjo desde el otro lado de las pesadillas, sonriendo como si la guerra no se hubiera tragado a mi hermano y en aquellos días, cuando mis amigos sirios estaban muriendo por la tortura, mis amigos europeos se desplazaban suavemente lejos de mi herida que había rasguñado sus vidas blancas y no se conformaron con aceptar de ninguna manera los criterios occidentales de lo que constituye el dolor.

En aquellos días solía susurrarte al oído cosas que un hombre susurra a una mujer cuando se la está comiendo y, en el mismo espacio-tiempo donde dormías tranquilamente como un lago del norte de Suecia, la guerra estaba sentada al borde de mi cama como si fuera mi esposa y los versos del Corán que me obligaron a aprender de memoria mientras el maestro de primaria me golpeaba fueron lo único que me ayudó a dormir. Dios mío, el lobo ha devorado un trozo de mi corazón y las bombas de cañón han destruido mi cuaderno. Oh Dios, el lobo me ha devorado, de verdad, no metafóricamente, y el Mediterráneo ha sofocado mis aguas. Yo soy el que solía "caminar alegremente por esta tierra", como dice el Corán, pero se han robado a mis amigos y los han suicidado¹ en Damasco y el vaso de agua que aplacó mi sed ha sido aplastado. Los poetas han heredado mis dedos, mis amigos se han convertido en recuerdos, los asaltantes de caminos ya bloquean las autopistas entre las ciudades, me refiero a las carreteras entre las ciudades asediadas por el hambre y la adrenalina, y en el mismo espacio-tiempo donde disfruto yo de una vida de lujo en el extremo norte de Europa, en un país que contiene 97,500 lagos de agua dulce, mi madre me dice que tiene sed y me acuerdo de la novela *El Extranjero...* y trato de no recordar a Albert Camus.

Sonriendo como si la guerra no se hubiera devorado a mi hermano
subo al monte Carmelo como una vid que escala su enrejado
para aparecer a tu lado en la foto de familia
y tú apareces a mi lado amargo como la verdad
y caliente como una bala
y largo como un domingo.
Una mujer con la memoria acribillada de agujeros
a través de los cuales mi corazón se escapa en la forma de mariposa
siempre que pienso de manera legal sobre ella
mi corazón se niega a someterse a la ley islámica
y la poesía se niega a obedecerme repitiendo las metáforas desfasadas de los poetas clásicos

¹ El poeta ha acuñado "suicidar" como verbo transitivo en la versión original en árabe, aunque, como en español, no existe en esta forma. Desea conservarlo en la traducción, ya que esta incongruencia sirve para hablar de la gran parte de los miembros de la oposición siria que asesinada por el régimen y que luego fueron presentados como muertos a causa de suicidio.

el banco se niega a darme un préstamo para que yo pueda comprar un caballo
los señores de la guerra se niegan a convertirse en señores de la paz
los niños se niegan a jugar conmigo mientras camino por el vecindario
porque sus padres los han prevenido contra los extraños
No le enseñaré a mis hijos a temer a los extraños
porque yo soy uno de ellos
No les diré que no hablen con el hombre extraño
porque ese hombre soy yo
Soy el extraño que perdió su mano en la guerra
el viudo cuya esposa no está muerta
el migrante que no se ahogó en el Mediterráneo
el creyente que te besó contra de la pared de la mezquita
donde el *shaykh* temblaba en sus oraciones, temiendo la ira de Dios
el refugiado que inspeccionaban
y cuyos recuerdos encontraron ocultos entre las respuestas repetidas.
Soy el que te besó salvajemente,
el que te besó sin saber la diferencia entre tu rostro y el silencio.
Alrededor de tu casa corro y aúllo como un perro herido
y en tu noche oscura, enciendo una violeta como el brillo de un cigarrillo en la oscuridad.
Cuando digo tu nombre mi corazón tartamudea
como si saliera de nuevo del vientre de mi madre,
como si estuviera tocando tu cintura con mi mano perdida.
Cada vez que paso mi lengua sobre tu piel, mi poema tropieza
Cada vez...
pero toco tu fuente para humedecer mi corazón que está agrietado con sequedad
Cada vez...
Pero bebo tu voz humedecida con agua para que la sed no me mate
Pero

* * *

Las huellas de mis dedos que encontraron en tu piel, tu sangre que mojaba mi mano derecha,
los lobos que descarnan mi cintura cuando huelo tu voz, el verde que gotea de tu mano herida
por la rosa, mi lengua que clama tu nombre en arameo clásico, los crucigramas de mis
palabras que te atraviesan, cómo haría mis abluciones en el vino antes de tocarte, cómo el
vigilante de jardines me atrapó una vez recolectando el néctar de tus pezones, como mi
corazón acostumbrado a comer los dedos de las mujeres se volvió vegetariano en tu
presencia, tú eres la Sura de los Poetas, la esencia de las mujeres de Oriente Medio y Norte de
África. Es por tu bien que reescribo las reglas de la gramática árabe haciéndolas conformes a
las medidas de tu cintura y una vez más yo mato la metáfora muerta.

Me miro en el espejo y de mí surge tu rostro.

El poema se escapa de mi mano.
Oigo el olor de una mujer mientras se come mis dedos.
El mar Mediterráneo se ahoga en el Departamento de Inmigración,
el agua crece sedienta.
Rasgo las características tuyas de mi rostro para poder reconocerte
y mi cuaderno pierde su memoria.
El funcionario del departamento de inmigración pregunta:
¿De dónde eres?
Yo contesto:
No lo sé porque todavía no estoy casado.
Y rechaza mi solicitud de asilo
y las Naciones Unidas rechazan mi color de piel
y la comunidad internacional se niega a mirar directamente a mi herida.
En ese momento, cuando el tiempo se oscurece como en las pinturas de Rembrandt,
y el sentimiento se hace frío como los cadáveres de mis amigos
tú emerges desde el otro de los bastidores
así como así
sin advertencias
o explicaciones
o una interpretación lógica
Y me concedes asilo por razones sentimentales

* * *

¿Cómo sabes el camino a Damasco si nunca lo has recorrido?
¿Cómo liquidar la geografía cuando la distancia entre nosotros está hecha de metal
que se expande con el calor
y se encoge cuando asesino a mi maleta de viaje?

Este mundo colapsa desde el séptimo piso
y los gorriones cometen suicidio para que el tiempo no les saque ventaja.
El tiempo que se sienta entre nosotros como un huésped delicado
y te mira.
Yo y tú y el tiempo sumamos cuatro.
Un hombre y una mujer nunca se han conocido excepto cuando el tiempo ha sido la cuarta
persona en la habitación.

En aquellos días lo sabíamos: van a matarnos a todos, pero no sabíamos que el mundo
seguiría observando en silencio.

En aquellos días me adhería a ti como un sello de correos y sentías miedo por el calor de mi corazón y la gente se sorprendía por nosotros, ya que mis rasgos se mezclaban con tu manera de caminar,

y nosotros nos sorprendíamos por la gente ya que la ciudad se volvió inapropiada para la muerte a pesar de haberse convertido en un depósito enorme para mis metáforas implícitas sobre ti.

Y por aquellos días, cuando solía susurrarte que eras la Sura de todas las Mujeres y la más fértil del Trópico de Cáncer, el terrorismo impactaba el corazón de Europa y mi corazón, que podía soportar cinco guerras bárbaras, tartamudeaba diciendo tu nombre y mis amigos europeos se retiraban de mí en silencio y recordaba cómo los europeos también se iban retirando de sus amigos judíos unos setenta años atrás y recordé la leche negra.

Y aún trato de no pensar en Paul Celan.

Y por aquellos días, cuando te amé con gentileza, el terrorismo golpeó con violencia y mi corazón que podía contemplar las heridas sin temblar, se suavizó como una culebra. El World Trade Center colapsó una y otra vez en la imaginación de mis amigos europeos y la Revolución Francesa sólo fue un triunfo en los libros de historia y una derrota en los libros de geografía y yo recordé la leche negra.

Y por esos días
cuando te amaba suavemente
las grandes migraciones cruzaron con fuerza la mitad de Europa
y Paul Celan salió del río Sena.

Con su mano mojada me golpeó en el hombro
y con una voz temblorosa susurró en mi oído:

No bebas la leche negra

No bebas... la leche... negra...

No bebas

No

...

Y desapareció entre los grupos de sirios que marchaban hacia el norte.

Y por aquellos días seguía tratando de no recordar a Paul Celan.
Y el Mar Muerto estaba vivo y la televisión en vivo estaba muerta.

Traducción por Robert Max Steenkist